

Modus amandi

... est amare sine modo

San Bernardo

Amar así: sin nada
que quitarse o ponerse,
sin costumbre de encajes,
sin perjuros susurros,
sin contar con refuerzos,
sin garantía que cubra
los daños y las pérdidas,
dejando en prenda solo
un mortal compromiso
con el tiempo:

la vida.

Mi corazón y el mar

A veces el amor me parece infinito,
tan minuciosamente inmenso y prodigioso
como las caracolas donde resuena el mar.

Entonces me enamoro de detalles minúsculos,
de, por ejemplo, cómo les hablas a los álamos
o caminas despacio, funambulescamente,
junto al río de la vida.

Y también me enamoro
de escoger las palabras con que intento decir
que a veces el amor se parece a la angustia
sin fin e irremediable del verso de Machado:
«Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar».

A veces el amor parece estar de vuelta
de imposibles confines a los que no hay distancia
y me ofrece un adverbio de lugar junto a ti.

Entonces me enamoro de un bisiestro año luz
o ver girar los radios de nuestras bicicletas
mundo a través, de paso hacia nosotros mismos.

Y también me enamoro
de la mirada párvula, sin rumbo y sin destino
con que escrutas el mar resumido en un atlas
o contemplas la ausencia que se augura en el aire
cuando se ha disipado el humo de los barcos.

A veces el amor se parece a la magia
de nevar los almendros sobre el pecho de marzo
o sacarse del sueño un pañuelo interminable.

Entonces me enamoro de lo que no comprendo
pero me maravilla: de los tonos flamantes
con que la primavera repinta el mundo y tiñe
tu voz de transparencia.

Y también me enamoro
de ver llegar cigüeñas a las torres del pueblo
o de puntear la diéresis de esta íntima palabra
cuyo vuelo retorna del helor de otro río
cual alma fugitiva que viene a dar canciones.

Y a veces el amor no se parece a nada
de lo que sé o conozco
y es un escalofrío
al final de las tardes dulcemente lluviosas.

Por eso me enamoro, sin darme apenas cuenta,
del vaho de la vida que empaña la ventana
desde donde te miro llegar a este poema
con tu luz bajo el brazo.

Y también me enamoro
del lapso de penumbra que precede a las lámparas
o de oírte decir, como si declamasas,
que a veces el amor se da un aire a los sueños
leídos en voz alta
y a esta melancolía.

Te amo tanto que acabo de nacer

Te amo tanto que acabo de nacer

Carlos Edmundo de Ory

Vivido amor, amada vida:

No es tarde ni temprano
ni otro adverbio mejor que «todavía».

Lo que quiero decir
es que tienes las manos
metidas en la harina
de este costal, que amasas
conmigo nuestro pan de cada día
y que además te empeñas en dar cuerda
a esta grata rutina.

Eso quiero decir;
eso y que, aunque parezca mentira,
acabo de nacer,
de tanto como te amo,
de tanto ir tan aprisa
junto a ti, a que me unjas
con ese olor a luz y a clementinas

que desprende tu cuerpo somnoliento
en cada amanecida.

La verdad es que no
me sé el tiempo del verbo de esta dicha.

Lo que quiero decir
es que llevo la piel
a flor de ti, que me izas
en el latido azul
donde se agitan todas las caricias
y que aún sigues cogiéndome la mano
para cruzar la vida.

Eso quiero decir;
eso y que acabo de nacer encima
de la hoja donde escribo
que te amo tanto que,
a veces, se me olvida
escuchar tu versión
de este poema, pero que, enseguida,
tus labios me la ofrecen ya desnuda
de palabras y rimas.

De todos modos, no
es tarde ni temprano.

Es todavía.

Lo que quiero decir
es algo que no sé
muy bien qué significa,
que, sin embargo, siento
como una claridad, como una orilla
que me acoge, como cuanto tú eres
y mi ser necesita.

Nosotros

Atiéndeme, quiero decirte algo

Pedro Junco Jr.

Acuérdate de mí
cada vez que leas este poema,
este sencillo pósito desde donde
te hago señas y me hago
ilusiones de ti
y que unzo a tu memoria
por sí, por tantas prisas
o todo lo contrario,
dejases de asistir a este pronombre
que no se puede ser en soledad.

Y acuérdate, amor mío,
de no olvidar tu amor
ni aunque lo dudes
o sientas que la vida se nos pasa
con la misma tenaz e indeclinable
certeza que los años,
pues la más parva sombra
nada y guarda su luz,
igual que chapotean en la noche
las letras que por ti dejé encendidas.

Y recuerda también,
frente al cuarzo sin voz de los relojes,
la muda melodía
del verso que titila en la mirada:
esta inefable sed
que tú y yo pronunciamos en nosotros
como la capitulación
de un adverbio de tiempo y su promesa,
como el puro ojalá
del más vivo deseo.

Acuérdate de mí, mi amor, contigo,
en primera persona del plural.

Indefinido amor

No creo que el amor sea una rosa
ni la rosa, una luz idealizada
ni la luz, un rescoldo de la nada
ni la nada, una tumba fastuosa.
No lo creo, pero haría cualquier cosa
por rozar su corola ensimismada,
sus amuras de lámpara encantada,
su duplicante sombra prodigiosa.
Aun siendo nuestro amor lo que no creo
que sea, te propongo este deseo
—¡tan humano!— de amarnos codo a codo.
Y aunque el tiempo, impregnado de curare,
dicta: *Hasta que la muerte os separe,*
aún me juego tu amor a nada o todo.